

## VII

En el break, á la vuelta, todos los hombres menos Juan durmieron.

Beausire y Roland se dejaban caer cada cinco minutos sobre el hombro de sus vecinos, que los rechazaban. Entonces se incorporaban, dejaban de roncar, abrían los ojos y murmuraban: "Buen tiempo,, y volvían á caer del otro lado.

Cuando llegaron al Havre su sopor era tan profundo que les costó trabajo sacudirlo, y Beausire se negó á subir á casa de Juan, donde les esperaba el té, teniendo que dejarle en la puerta de la suya.

El joven abogado iba á dormir por

primera vez en su nuevo domicilio, y experimentaba una gran alegría, algún tanto pueril, enseñando precisamente aquella noche á su prometida la habitación en que viviría pronto.

La criada se había marchado porque la señora de Roland dijo que ella calentaría el agua y serviría el té; no le gustaba dejar velar á las criadas por temor al incendio.

Nadie más que ella, los obreros y su hijo habían entrado aún, para que la sorpresa fuera completa al ver lo bien que estaba todo.

En el vestíbulo, Juan rogó que le esperasen. Quería encender las bujías y las lámparas, y dejó á oscuras á la señora de Rosemilly, su padre y su hermano; luego gritó: "Adelante,,", abriendo de par en par la puerta.

La galería de cristales, iluminada por una araña y vasos de colores ocultos entre las palmeras, los plátanos y las flores, parecía al primer golpe-

de vista una decoración de teatro. Hubo un segundo de asombro. Roland, maravillado de ver tanto lujo, lanzó una interjección y sintió deseos de palmotear como en las apoteosis.

Luego entraron en la primera salita, tapizada con tela de color de oro viejo igual á las sillas. La gran sala de consultas, muy sencilla, de un rojo salmón pálido, tenía un gran aspecto.

Juan se sentó en el sillón, delante de su mesa, y dijo con afectada gravedad:

—Sí, señora, los textos de la ley son terminantes, y me dan, con el asentimiento que yo había anunciado á Ud., la absoluta seguridad de que antes de tres meses el asunto de que hemos hablado tendrá una solución satisfactoria.

Al decir esto miraba á la señora de Rosemilly, que sonrió mirando á la señora de Roland: ésta le cogió la mano y se la estrechó.

Juan, radiante, hizo una cabriola de colegial y exclamó:

—¡Qué bien resuena aquí la voz! Esta sala sería magnífica para informar.

Y se puso á declamar:

—Si la humanidad solamente, si ese sentimiento natural de benevolencia que nos inspira todo sufrimiento debiera de ser el móvil de la absolución que solicito de vosotros, haría un llamamiento á vuestra compasión, señores jurados, á vuestros corazones de padres y de hombres; pero mi defendido tiene de su parte el derecho, y sólo la cuestión de derecho es la que voy á presentaros...

Pedro miraba aquella habitación que hubiera podido ser la suya, y se irritaba con las chiquilladas de su hermano, juzgándole decididamente muy necio y pobre de espíritu.

La señora de Roland abrió una puerta á la derecha.

—Este es el dormitorio—dijo.

Había puesto en el adorno de esta pieza todo su amor de madre. El tapiz era de cretona de Rouen que imitaba la antigua tela normanda. Un dibujo Luis XV, una pastora en un medallón que cerraba los picos unidos de dos palomas, daba á las paredes, á las colgaduras, á la cama, á los sillones, un aspecto galante y campestre muy bonito.

—¡Qué elegante!—dijo la señora de Rosemilly, que se quedó algo pensativa al entrar en aquella habitación.

—¿Le gusta á Ud?—preguntó Juan.

—Mucho.

—¡Si Ud. supiese cuánto me alegro!

Se miraron un segundo con mucha ternura. Ella, sin embargo, estaba un poco confusa y cortada en aquel dormitorio que debía ser pronto su alcoba nupcial. Había reparado al entrar que el almohadón era muy grande, un verdadero almohadón de matrimo-

nio, escogido por la señora de Roland, que sin duda había previsto y deseado el casamiento de su hijo; y esta precaución de madre la halagaba, porque indicaba que el enlace era esperado en la familia.

Cuando volvieron al salón, Juan abrió de repente la puerta de la izquierda y se vió el comedor circular, con tres ventanas, alumbrado por una lámpara japonesa. La madre y el hijo habían dado allí rienda suelta á su fantasía. Aquella habitación, con muebles de bambú, estatuas, jarrones, sederías bordadas de oro, transparentes con cuentas de cristal que parecían gotas de agua, abanicos clavados en la pared para sujetar las colgaduras, pantallas, panoplias con sus sables, sus caretas, juguetes de porcelana, de madera, de papel, de marfil, de nácar y de bronce, tenía el aspecto pretencioso y amanerado propio de manos poco hábiles y de ojos

ignorantes de las cosas que exigen más tacto, más gusto, más educación artística. Aquella habitación fué, sin embargo, la más admirada. Sólo Pedro hizo algunas observaciones con una ironía un poco amarga que mortificó á su hermano.

Sobre la mesa había pirámides de frutas y monumentos de pasteles.

Nadie tenía gana, pero chuparon las frutas y mordisquearon los pasteles más bien que comerlos. Al cabo de una hora la señora de Rosemilly pidió permiso para retirarse.

Se decidió que Roland padre la acompañaría hasta la puerta de su casa, mientras su mujer, en ausencia de la criada, daría la última mano á la habitación de Juan.

—¿Quiéres que vuelva á buscarte?

—preguntó el marido.

Ella, después de vacilar un momento, contestó:

—No, acuéstate. Pedro me llevará.

Cuando hubieron salido, apagó las bujías, guardó los pasteles, el azúcar y los licores en un mueble cuya llave dió á Juan, y luego pasó al dormitorio, entreabrió la cama, y viósi la botella estaba llena de agua y la ventana bien cerrada.

Pedro y Juan se habían quedado en el salón, éste aun mortificado por la crítica de su gusto artístico y el otro cada vez de peor humor por ver á su hermano en aquella casa.

Fumaban los dos sentados sin hablarse, cuando de pronto se levantó Pedro diciendo:

—¡Cristo, qué mala cara tenía la viuda esta noche! No le prueban las excursiones.

Juan se sintió invadido por una de esas repentinas y furiosas cóleras de los linfáticos heridos en el corazón.

Su emoción era tan viva que le faltaba el aliento, y balbuceó:

—Te prohibo que vuelvas á decir

“la viuda,” cuando hables de la señora de Rosemilly.

Pedro se volvió altivo y airado.

—Creo que me das órdenes. ¿Por ventura te has vuelto loco?

Juan se levantó también.

—No me he vuelto loco, pero estoy ya cansado de tu actitud conmigo.

—¿Contigo? ¿Formas tu parte de la señora de Rosemilly?—preguntó Pedro riendo.

—Sabe que esa señora va á ser mi esposa.

Pedro siguió riendo.

—Bien, hombre, ahora comprendo por qué no debo decir “la viuda,”. Pero has elegido un modo muy raro de anunciarme tu casamiento.

—Te prohibo chancearte, ¿lo oyes? te lo prohibo.

Juan se acercó pálido, con la voz temblorosa, exasperado por aquella ironía de que era objeto la mujer que

amaba y á quien había elegido para esposa.

Pero Pedro se puso también furioso. Todo lo que había en él de cólera impotente, de rencor comprimido, de rebelión dominada y de silenciosa desesperación se le subió á la cabeza como un golpe de sangre.

—¿Tú te atreves?... ¿te atreves?... Pues yo te mando que calles, ¿lo oyes? Te lo mando.

Juan, sorprendido por aquella violencia, calló algunos momentos, buscando en la turbación de espíritu en que nos sume el furor la cosa, la frase, la palabra que pudiera herir á su hermano en el corazón.

Procurando dominarse para herir, y hablar despacio para aguzar más las palabras, prosiguió:

—Hace mucho tiempo que me envidias, desde el día en que empezaste á decir “la viuda”, porque comprendiste que me molestaba.

Pedro lanzó una de las carcajadas estridentes y despreciativas que le eran familiares.

—¿Envidiarte?... ¿yo? ¿yo? Y ¿por qué?... ¿por qué?... ¿por tu figura, por tu talento?...

Pero Juan comprendió que había dado en la llaga.

—Sí, me envidias desde la infancia, y te has puesto furioso desde que has comprendido que esa mujer me prefería y te desdeñaba.

Pedro balbuceaba exasperado:

—¿Yo envidiarte por esa pava?

Juan, viendo que sus golpes daban en el blanco, añadía:

—¿Y el día que quisiste remar más que yo en la *Perla*? ¿Y todo lo que dices delante de ella para hacerte valer? ¡Revientas de envidia! Y desde que heredé esa fortuna tu rabia no conoce límites; me odias y me lo has demostrado por todos los medios posibles, y has hecho padecer á todos y

no pasas una hora sin escupir la bilis que te ahoga.

—¡Ah! Calla, calla... no hables de esa fortuna.

Juan prosiguió:

—La bilis te sale por los poros. No dices una palabra á mi padre, á mi madre ó á mí en que no estalle. Finges despreciarme porque tienes envidia; riñes con todos porque tienes envidia. Y ahora que soy rico no puedes contenerme, lo envenenas todo y atormentas á nuestra madre como si tuviera la culpa...

Pedro había retrocedido hasta la chimenea con la boca entreabierto, los ojos dilatados, presa de uno de esos arrebatos de ira que hacen cometer crímenes.

Repitió en voz baja y ahogada:

—¡Calla! ¡calla!...

—No. Hace mucho tiempo que quería decirte esto. Tú me presentas la ocasión, tanto peor para ti. Yo amo

á una mujer. Tú lo sabes y la menosprecias en mi presencia... Pues bien, yo te arrancaré los dientes de vibrara... Yo te obligaré á respetarme...

—¿Respetarte?

—Sí.

—¿Respetarte... á ti... á ti que nos has deshonrado con tu codicia?

—¿Qué dices? ¡Repítelo! ¿Qué dices?

—Digo que no se acepta la fortuna de un hombre cuando se pasa por hijo de otro.

Juan quedó inmóvil, sin acabar de comprender la terrible insinuación que presentía.

—¡Vuelve á repetirlo!

—Digo lo que todo el mundo murmura, lo que todo el mundo sospecha: que tú eres hijo del hombre que te ha dejado su fortuna, y que un hombre digno no acepta el dinero que deshonra á su madre.

—¡Pedro! ¡Pedro!... ¿eso piensas? ¿Y eres tú... tú, quien dice esa infamia?

—Sí, yo mismo... yo. Tú no has visto que hace un mes me muero de pena, que paso las noches sin dormir y los días ocultándome como un salvaje; que no sé ni lo que digo, ni lo que hago, ni lo que será de mí. Tanto padezco con esta ignominia que empecé por adivinar y de la que ahora estoy seguro.

—¡Pedro!... ¡calla!... mamá está en ese cuarto. Piensa que puede oírnos... que nos oye.

Pero el doctor necesitaba desahogar su corazón y lo dijo todo: sus sospechas, sus razonamientos, sus luchas, su certidumbre, la historia del retrato que había vuelto á desaparecer.

Hablaba como un alucinado, pronunciando frases cortas, incoherentes, casi sin ilación.

Parecía olvidado de Juan y de su madre. Hablaba como si nadie le escuchase, porque necesitaba hablar, porque había sufrido y callado mucho. Porque su herida comprimida se

había hinchado como un tumor y acababa de reventar manchando á todos. Paseaba de un lado para otro, según su costumbre, con los ojos fijos, gesticulando con el frenesí de la desesperación, ahogando los sollozos en su garganta é irritándose contra sí mismo; hablaba como si hubiera confesado su miseria y la miseria de los suyos, como si hubiera arrojado su pena al aire invisible y sordo que se lleva las palabras.

Juan, consternado y casi convencido por la ciega energía de su hermano, se había puesto delante de la puerta detrás de la cual adivinaba que les estaba escuchando su madre.

Para salir ésta necesitaba atravesar el salón; no lo había hecho, luego no se había atrevido.

Pedro, de repente, dió una patada en el suelo y gritó.

—Soy un cobarde por haber dicho todo esto.